

## Defender La Filosofía De Los Filósofos O De La Necesidad De Una Vigilancia Permanente

José Santos Herceg<sup>1</sup>

El nombre del encuentro que nos convoca es, tal como aparece en la convocatoria, “Por la defensa de la enseñanza de la filosofía. Resistencias a una educación neoliberal”. Comenzaré esta intervención con una pregunta: ¿qué se entiende por “defender la enseñanza filosofía”? Será esta cuestión la que articule mi discurso.

1. Es un hecho que hace tan solo unas semanas la enseñanza escolar de la filosofía ha sido “atacada” por un sistema educativo, por una política educativa que, con razón, podría calificarse de neoliberal. Esta, por lo demás, como todos saben, no es la primera arremetida contra la enseñanza escolar de la filosofía en Chile, pues ya en el pasado reciente se dio una situación similar. El objetivo parece relativamente evidente: jibarizar la presencia de la enseñanza disciplinar de la filosófica en los colegios lo más posible y, de ser posible, tender a su eliminación definitiva.

Se entiende, por lo tanto, el llamado que se hace a “defender al enseñanza de la filosofía”, pues se trata de reaccionar a un ataque evidente y directo por parte del Estado. La convocatoria es, en concordancia con esto, a levantar una defensa contra un otro poderoso que ataca desde afuera del ámbito filosófico con la intención de provocar su extinción. Creo no exagerar cuando enfatizo que de lo que se trata es de una amenaza de “extinción”. La defensa, por lo tanto, adquiere la forma de una suerte de “lucha por la sobrevivencia”: una lucha por mantener la enseñanza de la filosofía en el sistema escolar, por conservar un espacio, un lugar para la enseñanza de la filosofía en el sistema escolar chileno. Un espacio, un lugar, que está siendo amenazado.

Esa fue la pelea que se dio con algún éxito y con otro poco de fracaso hace años atrás cuando luego de mucho trabajo y de eternas discusiones se consiguió mantener las horas obligatorias de filosofía en los colegios científico-humanista, pero se perdieron las que existían en los liceos técnico-profesionales.

En un primer sentido, “defender la enseñanza filosofía” no es, por lo tanto, defender “la filosofía” en sí, ni tampoco sería defender su enseñanza en general, sino que más bien, defender este lugar, este espacio, estas horas que ocupa la enseñanza de la filosofía en los colegios y que estarían siendo escatimadas.

2. Quisiera sostener la hipótesis, de que si bien es cierto esta lucha, tal y como ha sido planteada es necesaria –indispensable– y más que justificada, sin embargo, la filosofía y su enseñanza requieren, exige una defensa mucho más amplia, más general que tan solo una lucha por conservar un lugar que ya es increíblemente precario.

---

<sup>1</sup> Doctor en Filosofía. Académico Investigador del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile.

La filosofía, al menos en la tradición que más interesante me parece, es crítica, es reacción contra todo tipo de violencia. Si hay algo novedosa e interesante en la filosofía que se ha hecho en América Latina es justamente esto: ella ha sido siempre reacción contra la violencia. En algún sentido ella ha sido una “filosofía de/contra la violencia”. Violencia colonial y neocolonial, violencia estructural, violencia económica, violencia de raza, violencia cultural, violencia epistémica. En un continente como el nuestro, en el que la violencia está por todas partes, donde es dolorosamente cotidiana, la filosofía no podía más que hacerse cargo de ella. En algún sentido las reflexiones de un Martí, de un Las Casas, de un Dussel, de un Roig, de un Mariátegui y de un Bilbao tienen en común el ser una reflexión sobre y contra la violencia. Ellas son, en este sentido, una filosofía crítica o, si se prefiere, de liberación.

La violencia contra la filosofía misma, por supuesto, no está fuera del ámbito de interés de esta filosofía crítica o de liberación. Las violencia a las que está sometida la filosofía son múltiples y multifacéticas. Una de ellas es, sin duda, aquella que busca eliminarla, sacándola del sistema educacional, sin embargo, esa es tan solo una de muchas violencias a la que la filosofía está sometida. Allí está, por ejemplo, aquella violencia institucional, esa que la encasilla, que la coarta en su desarrollo obligándola a ser de una cierta forma, a manifestarse de determinadas manera, a difundirse solo en algunos medios y de formas establecidas. Allí está, sobretodo, la violencia que nosotros, sus cultores, ejercemos sobre ella, restringiéndola, pretendiendo controlarla, como si la filosofía fuera “algo” que podemos manejar, dominar, manipular como si se tratara de algo determinado y claro. A estas y otras formas de violencia está sometida la filosofía, o, dicho de otra forma, la violencia contra la filosofía adopta muchas “máscaras” usando una expresión de Jorge Millas.

**3.** El año pasado publiqué una “Cartografía Crítica”. Tal vez algunos lo haya visto y espero leído. El primer capítulo de ese texto estaba dedicado directamente a la enseñanza de la filosofía<sup>2</sup>. Algunos podrían pensar que lo que allí hice está lejos de ser una “defensa de la filosofía” y más lejos aún de una defensa de la “enseñanza de la filosofía”. Sostengo, no obstante, que de hecho, lo que intenté hacer en ese libro completo y en particular en el primer capítulo no fue otra cosa más que defender la filosofía en general y su enseñanza en particular. Intentaba defenderla de nosotros mismos, de la violencia que hemos ejercido contra ella, de lo que hemos ido haciéndole, de lo que hemos ido haciendo con ella. Intentaba, en particular, defenderla de la manera en que nosotros la hemos estado enseñando.

En ese primer capítulo del libro hago un análisis de las mallas de estudios y de los programas de cursos. En el momento del estudio habían trece lugares donde se podía estudiar una Pedagogía en Filosofía<sup>3</sup> y Licenciatura en Filosofía se ofrecía en nueve lugares<sup>4</sup>. Puesto que en algunas instituciones

<sup>2</sup> Una versión anterior de ese análisis ya se había publicado en la revista del CEPLA, [www.cuadernoscepla.cl](http://www.cuadernoscepla.cl), núm. 19.

<sup>3</sup> Universidad de Santiago de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Universidad de Concepción, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Universidad Católica del Maule, Universidad Católica del Norte, Universidad de la Serena, Universidad de Playa Ancha, Universidad de Valparaíso, Universidad de Los Andes, Universidad Alberto Hurtado, Universidad Cardenal Silva Henríquez.

<sup>4</sup> Pontificia Universidad Católica de Chile, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Universidad de Chile, Universidad de Valparaíso, Universidad Católica de la Santísima Concepción, Universidad de Los Andes, Universidad Alberto Hurtado, Universidad Gabriela Mistral, Universidad Andrés Bello.

existen ambas posibilidades, en total se trataba de 17 instituciones que impartían estudios de pregrado en filosofía. Analicé las mallas de todos estos lugares y conseguí muchísimos programas de cursos. Todo ello, hay que decirlo muy claramente, era un material creado o reproducido por nosotros: los profesores universitarios de filosofía. Nosotros somos los autores y responsables de esas mallas y de esos programas.

La conclusión del análisis fue que la enseñanza universitaria de la filosofía en Chile es, y ha sido, en general, uniforme, eurocéntrica y conservadora. Por “uniforme” me refería al hecho de que la filosofía que se enseña y se ha enseñado en Chile ha sido y es hasta hoy en todos lados más o menos la misma: prácticamente no hay alternativas reales. Existe un patrón inalterado claramente identificado que está en prácticamente todas las mallas de estudio. Con que es “eurocéntrica” aludía al simple hecho que es la filosofía europea prácticamente la única que se estudia en estas mallas y programas, siendo ella el contenido y el parámetro absoluto. Ella tiene un claro carácter de centralidad y superioridad. “Conservadora” sería esta enseñanza, finalmente, porque se ha naturalizado un modo y un contenido de la enseñanza de la filosofía y se han desarrollado mecanismo para que ello permanezca inalterado. Una permanencia que tiene ya casi un siglo de duración.

4. Confieso aquí mi distancia e ignorancia respecto de la enseñanza escolar de la filosofía, sin embargo, dada alguna experiencia directa, un par de lecturas y sobretodo considerando el carácter fundamentalmente reproductivo de la educación, me atrevería a sostener hipotéticamente que se comparten en la enseñanza escolar, al menos en alguna medida, estas mismas características. Sin ir más lejos, hay que tener en cuenta que los programas analizados para hacer el estudio fueron, en su mayoría (17), aquellos destinados a la formación de profesores de filosofía. Los profesores que hoy hacen clase en el sistema escolar fueron formados, por lo tanto, según esta matriz uniforme, eurocéntrica y conservadora. Lo que se decía en ese capítulo, por lo tanto, se refiere indirectamente a la enseñanza escolar, en tanto que atañe a la manera en que los profesores son formados.

La enseñanza escolar de la filosofía en Chile, no obstante, tiene muchas características propias, que impiden trasvasijar simplemente resultados o constataciones que se han hecho respecto de su enseñanza universitaria. Ella requiere, sin duda, una investigación particular, específica. Para efectos de esta presentación no entraré en este análisis, pues me parece que es un trabajo largo, que requiere de una investigación cuidadosa y fundada. ¿Cómo es –cómo ha sido– la enseñanza escolar de la filosofía en Chile? Se trata, por lo demás, de una investigación “pendiente”. Hay sin duda algún trabajo hecho al respecto que debe ser rescatado y relevado, pero ello es, me parece, insuficiente, pues, como trataré de mostrar aquí, esta es una investigación indispensable, que debería ser además permanente.

5. Como saben quienes han leído el libro que comento, la última parte del texto está destinada a las “excepciones”. La anécdota de su redacción es interesante de relatar. Mientras escribía el libro había ido poniendo en nota al pie todos aquellos casos que conocía que constituían una excepción a aquello que estaba diagnosticando. Una vez terminada la redacción completa, tomé todas esas notas y construí el último capítulo, con el objeto de mostrar que lo otro no solo era posible, sino también que estaba haciéndose, que habían pensadores, profesores e incluso algunas instituciones que habían optado por hacer las cosas de forma diferente.

La existencia de estas excepción que llamé allí “resistencias” como espacios de fuga, como brechas o fisuras, me provocó entonces y me provoca aún dos sensaciones encontradas: alegría y

esperanza, pero también duda e intriga. Por una parte, tomaba conciencia de que había un grupo importante de filósofos en Chile que no solo estaban incómodos, molestos con la forma en que se estaba realizando la labor académica relacionada con nuestra disciplina, sino que además de ellos habían tomado una posición activa y estaban llevando a cabo acciones concretas para cambiar las cosas, para hacerlas de otra forma, para intentar mejorar aquello que les parecía que no estaba bien.

La duda, la intriga, por otra parte, tenía y tiene que ver con la siguiente pregunta: habiendo alternativas, ¿cómo es posible el estado de cosas en el que se encuentra la enseñanza de la filosofía en Chile hoy? ¿De qué manera puede entenderse que sea tan uniforme, tan consistentemente eurocéntrica y, por lo mismo, tenga una figura tan conservada y conservadora? En otras palabras, me parecía insólito que dado el diagnóstico que, por lo demás, no solo tiene actualidad, sino que se puede aplicar retroactivamente, dado que existen propuestas alternativas, cómo ha sido posible que no hayamos reaccionado masivamente, conjuntamente para cambiar las cosas y tan solo existan un puñado de filósofos que lo han intentado y lo intentan aún.

Creo que para encontrar una respuesta que hay que buscar en aquellos que han intentado hacer una diferencia, lo que nos ha faltado a los demás para poder, efectivamente, hacer las cosas de otro modo. Habría que mirar esas experiencias: su gestación, su implementación, su funcionamiento. La pregunta que habría que hacerse, entonces, aplicada al caso de la enseñanza de la filosofía, sería: ¿qué tienen, qué hacen, cómo hacen estos profesores de filosofía que logran enseñarla de una manera diferente, especial, que se sale de esquema establecido y anquilosado por tanto tiempo?

6. En el último tiempo he vuelto sobre un autor que en este punto me parece insoslayable: Paulo Freire. No fue en un sentido estricto un filósofo, pero nadie podría negar que lo que hace es, en gran medida, una filosofía de la educación. Quisiera, aludir aquí, en particular, a un idea de Freire que me parece especialmente significativa: la de “burocratización” de la enseñanza. Lo que Freire tiene en mente cuando la acuña es aquella situación en la que el acto de conocer se transforma en una mera “transferencia burocrática de información”. “La escuela, sin importar su nivel, se convierte en un “mercado de saber”; el profesor, en un especialista sofisticado, que vende y distribuye un “conocimiento empaquetado”; y el alumno, en el cliente que compra y “come” este conocimiento”<sup>5</sup>. Lo que se transmite allí es solo información repetida y repetitiva que el educando debe repetir una vez más. La rutina es lo que prima en este contexto. Una rutina tranquila, segura, sin sobresaltos, pero completamente plana, mecánica, como dice Freire, “sin vida”.

Escribe Freire que “La alfabetización deja de ser un acto creador para “burocratizarse” en la repetición mecánica del ba-be-bi-bo-bu, en la memorización de palabras y frases que casi nunca tienen que ver con la realidad de los educandos”<sup>6</sup>. Veo en esta frase profundas semejanzas con lo que observé en los programas de curso de filosofía: repetición mecánica de los mismos autores de siempre (los 10/12 consagrados como los más importantes), memorización de sus pensamientos con absoluta falta de relación con la realidad de los estudiantes. Desde aquí es posible comprender, por ejemplo, las repeticiones infinitas a las que se hacía referencia en el libro. Hay, por ejemplo, programas de cursos de hace veinte

<sup>5</sup> Freire, Paulo, *Carta a Ginea-Bissay. Apuntes de una experiencia pedagógica en proceso*. Siglo XXI, 1998, p. 20.

<sup>6</sup> Idem. p. 110.



incluso treinta años que son la copia exacta de aquellos con los que aún se enseña filosofía hoy en las universidades: los mismos autores, los mismos texto, las mismas pautas y formas de evaluación, las mismas metodologías, etc. aunque los profesores ya no son los mismos.

La burocratización y el conservadurismo del que hablaba en el libro están, de hecho, muy cerca. Es justamente una enseñanza burocrática de la filosofía la que, como decíamos allí, se naturaliza. Solo ella puede, de hecho, ser naturalizada. Esta filosofía es la que se hace “evidente”, es aquella en la que habría consenso, es decir, es en la que “todos” estaríamos de acuerdo. Se crean estructuras de vigilancia que ayudan a “preservar” la “verdadera” y “correcta” enseñanza y se margina todo lo diferentes, lo extraño, lo irregular. Se va comprendiendo porqué la filosofía, como decía antes, requiere de una defensa: porqué debe ser defenderse de nosotros. Somos, en este punto, una clara amenaza. Cada vez que repetimos, que depositamos información, cada vez que simplemente “hacemos la pega”, burocrática, rutinaria y desgadamente, sin atención, sin espíritu, somos una amenaza para la filosofía, somos el enemigo violento del que hay que defenderse.

7. Volviendo, entonces a la pregunta que planteaba antes: ¿qué tienen, qué hacen, cómo hacen estos profesores de filosofía que logran enseñarla de una manera diferente? A la luz de lo antes dicho, podría sostenerse que ello estaría, justamente, en que estos profesores no son simplemente unos burócratas de la enseñanza, ni piensan en que enseñar filosofía sea repetir una y otra vez el mismo discursos, los mismos contenidos, ver los mismos autores, etc. Estos profesores no creen en una filosofía lista y hecha –empaquetada– para siempre: ellos tienen dudas, preguntas, incertezas respecto de la filosofía, pero sobretodo respecto de su propia acción.

Estos profesores, por lo tanto, están siempre atentos, mirando lo que sucede en sus clases. Paulo Freire habla de una indispensable “vigilancia permanente”. Los profesores de lo que venimos hablando observan su propia acción docente, la observan críticamente, incluso despiadadamente. Estos profesores no tienen certezas, tienen dudas y nunca parecen estar del todo conformes con lo logrado. Descubren los problemas, los defectos en sus propuestas y se arriesgan con nuevos modos, con métodos innovadores, con temas extraños y sorprendentes, con autores desconocidos, problemas inesperados, etc. Experimentan y critican: siempre atentos, siempre vigilantes, siempre dispuestos a cambiar. Estos profesores son, creo, los que han estado defendiendo la filosofía y la han estado defendiendo de nosotros; sus cultores. Son ellos los que la han mantenido viva por mucho tiempo, pese a nosotros. Son los que logran transformar la clase de filosofía –ya sea en el colegio o en la universidad– en una experiencia relevante para los alumnos, una de esas que se atesoran y se guardan toda la vida.

Parece algo paradójico que la defensa de la filosofía pase por una autocrítica permanente y constante de los mismos cultores de la disciplina. Ello, no obstante, implica, en realidad, alinearse con una tradición larga de pensamiento filosófico que se entiende a sí mismo, antes que todo, como una reflexión crítica. Es en este sentido en el que decía, al comenzar, que es una investigación “indispensable” y necesariamente “permanente” aquella que se pregunta por cómo es y cómo ha sido la enseñanza de la filosofía en Chile. Esta es, justamente, la vigilancia de la que hablaba Freire. Ella es la única que nos puede salvar de caer en la burocratización siempre al acecho, en las garras de un conservadurismo demasiado arraigado. Esta es, por lo demás, la investigación que nos ha faltado y que desde hace algún tiempo comienza a hacerse con más insistencia.

Una actitud vigilante como la propuesta, que nos ayuda a defendernos de la violencia que nosotros mismos ejercemos sobre la filosofía promete, además, buenos rendimientos en lo referente a la defensa contra otros tipos de violencia. Atacados por el Estado como ahora, por ejemplo, permitiría responder desde una reflexión larga y profunda, una reflexión fundada en una tradición de pensamiento sobre nuestras prácticas.